

PATRIMONIO CULTURAL, NACIÓN Y DIVERSIDAD

Hernán Salas Quintanal

Instituto de Investigaciones Antropológicas - UNAM

La historia y la importancia que ha adquirido el patrimonio cultural se ha confundido con el proceso de construcción de una nación o país. El trato que el nacionalismo ha otorgado al patrimonio ha estado orientado por la forma de construir una nación, en



Configuración del Mundo Mapuche

la que se ha privilegiado formas específicas de incorporación del pasado al presente. El patrimonio corresponde a recursos culturales que representan la memoria colectiva de las comunidades que dieron origen a un país y un sentido de identidad y pertenencia a un territorio, sin embargo, las políticas culturales, dentro de las posibilidades de desarrollo, han reducido el valor del pasado a lo que es significativamente necesario para justificar el presente. Frente a esta requerimiento, las sociedades invierten cada vez más en rescatar el pasado, proceso en el que surgen preguntas que este ensayo pretende responder. ¿Qué finalidad se persigue al hacer un rescate del pasado? ¿Qué se intenta preservar? ¿Cómo escoger que debe ser preservado? ¿Qué criterios utilizar para preservar y elegir lo que se preserva? ¿Cuáles son los especialistas más competentes para realizar los trabajos relacionados con la preservación de los recursos culturales y el patrimonio?

Para entender los estilos de desarrollo sustentados por la nación y que se vinculan al patrimonio cultural, es fundamental hacerlo dentro del proceso histórico de construcción del estado nacional, proyecto que en América Latina se ha establecido como un proyecto político de integración social que tiene por finalidad poner en sintonía las dimensiones política, cultura y territorio. Los rasgos principales de este proceso son un rompimiento con el pasado arcaico, tradicional y agrario para dar lugar, a través de un sistema de educación formal y uniforme, un sistema de libertades y formas de trabajo, a la construcción de una sociedad industrial cohesionada por medio de un lenguaje común y una cultura e historia institucional, otorgados por dichos sistemas y sustentados por las instituciones políticas del Estado.

El discurso nacionalista enfatiza en la protección de una cultura antigua, autóctona y prehispánica, sin embargo busca construir una sociedad anónima, de masas, dentro de

un movimiento uniformador y unificador donde tienen cabida comportamientos disonantes que marcan la historia social. En algunas etapas históricas, esta forma de construcción nacional ha buscado la homogeneización a través de la integración social con los rasgos de las sociedades antiguas, prehispánicas e históricas, a través de mantener vivos algunos elementos de continuidad para diferenciarse de los demás países, guiados por el ideal de independencia, soberanía, unidad e identidad. Para fortalecer esta fase de constitución del nacionalismo se instituye el mito fundacional de la nación, que otorga continuidad con el pasado y establece las bases de la nacionalidad a través del modelo de mestizaje.

En referencia a lo que Eric Hobsbawm (1993) ha llamado "la invención de la tradición", el patrimonio ha sido un instrumento mediante el cual los objetos que se preservan y mantienen, casi siempre fuera de los contextos en que fueron originados, se transforman en mensajes simplificados y unívocos acerca de la identidad de una sociedad, perdiendo el valor patrimonial de representar un sentido cultural o de verdad histórica visible en la memoria colectiva. Por ello es necesario que cada sociedad defina el patrimonio en términos de su utilización, protección, mantenimiento, vinculados con las fuerzas que dan vida a una sociedad o a un grupo.

De todo este proceso se deriva una paradoja que es descrita, por un lado, como una integración - asimilación de los grupos indígenas y, por otro, al mismo tiempo, para erigir el mito fundacional de la nación, la necesidad de la vida cultural indígena y del pasado étnico de la nación, uno de los dos componentes básicos del mestizaje (Gutiérrez, 2001). El nacionalismo se edifica en primera instancia con una identidad nacional mestiza, modelo cultural y lingüístico al que toda la población indígena nacional debería integrarse, y en segunda instancia integrarse como sociedad multiétnica que se apoya en políticas nacionalistas que invocan un pasado étnico que se remonta a la época prehispánica (patrimonio arqueológico) y/o colonial (patrimonio histórico). Esta contradicción fundamental se resuelve situando la figura de los indígenas, sus costumbres, epopeyas y hazañas en un pasado lejano, destruyendo y debilitando la imagen social de los indios actuales. Sin embargo, las culturas indígenas han encontrado canales de expresión propios o ajenos al estado moderno anclado en un nacionalismo unificador (patrimonio social).

Esta forma que adopta el nacionalismo tiene una resonancia mucho mayor y más evidente en países del continente con una alta presencia de población indígena, cuyos modelos de mestizaje se pueden observar, por ejemplo, en Bolivia, Perú, Ecuador, México y Centroamérica, cuya capacidad económica les impide preocuparse de la protección del patrimonio de la misma manera que los países industrializados.

El proceso de integración de los indígenas a la nación tiene dos momentos relevantes. Un momento posterior a las guerras de independencia en que se buscaba la creación de naciones que dieran continuidad a la tradición católica y rompieran con la grandeza del pasado indígena, en donde los indios vivos de entonces no tenían cabida, eran subyugados y expulsados de sus tierras comunales. Las reacciones a este proceso se

pueden evidenciar en las múltiples rebeliones que registra la historia del siglo XIX, en las que participaron aisladamente grupos indígenas y mestizos. Un segundo momento, la época moderna, es de los primeros intentos por integrarlos, a través de la difusión de los valores, cultura y rasgos mestizos, por medio de un nacionalismo exacerbado en los procesos de transformación y modernización. En este proceso se visualiza la importancia de conocer a los indígenas, comprender los rasgos de sus formas de vida no occidentales y buscar cambios acelerados en su evolución hacia formas modernas de vida social. En este intento se reconoce las condiciones sociales de la población indígena y se ponen en marcha planes dirigidos a mejorar sus niveles de vida.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la tendencia oficial consistía en la integración de los indígenas a la vida nacional pero conservando sus características particulares, dentro del contexto de un discurso ambiguo y paradójico: respetar la cultura indígena y al mismo tiempo dar los pasos necesarios para su occidentalización y asimilación a los rasgos uniformes que exigía la construcción de una nación. El nuevo discurso del nacionalismo buscaba, por un lado, la integración nacional de los indígenas y, por otro, utilizar las raíces culturales indias para fortalecer y definir la cultura nacional, pero sin la participación de los indígenas, quienes fueron siendo paulatinamente vaciados de contenido real para convertirlos en un signo de las raíces de la nación. Esto definió un estilo de desarrollo que asumía con entusiasmo la tarea de uniformar a la población considerando como unidad mínima de acción las comunidades donde se agrupaba la población, o donde esta fuera relegada.

El proceso de construcción del Estado-nación se ha centrado en el desarrollo como idea fuerza, idea que otorga un sentido común frente a la necesidad de ciudadanización de los habitantes de un territorio. El desarrollo otorga, por un lado, un sentido individual de incorporación y pertenencia a un proyecto histórico de nación y, por otro, colectivo, en tanto construcción de país, integración a un proyecto mayor que supere el ámbito doméstico y local de la vida comunitaria. Así, mientras que el desarrollo se fue restringiendo a una aspecto meramente material (Salas, en prensa), el patrimonio cultural fue un instrumento que colaboró activamente en convertir en objeto y encerrar en museos la historia cultural de los grupos que formaron las naciones americanas.

* * *

En el discurso y práctica institucional, la noción de patrimonio cultural se ha limitado a lo que es tangible. Dentro de esta necesidad de inventar tradiciones, el patrimonio ha formado parte del aparato político ante la necesidad de los estados nacionales de ganar cohesión y sentido de unidad nacional, y un instrumento económico frente a la necesidad de generar ganancias, mediante el cual las complejidades culturales son transformadas en mensajes simplificados acerca de la identidad cultural que tiende a concentrarse exclusivamente sobre objetos simbólicos a expensas de formas populares de expresión cultural o de verdad histórica. En los hechos la identidad cultural devino, para la ideología estatal, en un patrimonio nacional como referente de legitimidad de su comunidad nacional (Melgar, 2002: 51).

Las expresiones más visibles de la memoria colectiva son así monopolizadas por el hecho de atribuirles a ciertos museos y monumentos funciones políticas, económicas y educativas específicas, despojándola de su interpretación multidimensional. Los estilos de vida evocados de manera retórica tienen poca relación con aquellos documentados históricamente, registrados etnográficamente y reconstruidos arqueológicamente, aunque su poder simbólico y su fuerza política sean innegables para un sector de la población (Pérez de Cuéllar et al., 1997: 235).

Estos símbolos políticos condensan y simplifican radicalmente la realidad y están desprovistos de contenido y contexto. La demanda actual por las artes étnicas, por ejemplo, contribuyen a crear un proceso artificial de teatralización y de representación ritual de las tradiciones culturales, celebradas fuera de contexto en la forma de vestidos, música, danzas y artesanías, justo en el momento en que las mismas tradiciones están agonizando como fuerzas de integración y regulación social de las poblaciones que las originaron.

Otro ejemplo es la cuestión de los derechos de propiedad, de la remuneración equitativa de los creadores de expresiones culturales populares que se comercializan en todo el mundo sin ninguna consideración respecto de los intereses de las comunidades en que tuvieron origen. Las implicaciones monetarias de los derechos de propiedad creativa son rechazados por los países industrializados, donde se encuentran los principales consumidores, como la fabricación de réplicas de objetos artesanales tradicionales sujetos a una producción masiva que inunda el mercado internacional; como la extracción de objetos y documentos de valor; como la compensación a las poblaciones locales que las originaron; y la trastocación de la cultura popular misma.

La visión actual del patrimonio obedece a una visión única, sesgada, uniforme, simplificadora, dominada por criterios estéticos e históricos referidos a un pasado lejano, que privilegia la élite, lo masculino y lo monumental más que lo doméstico, concede atención a lo escrito (archivos) más que a lo oral, y respeta lo ceremonial y sagrado más que lo cotidiano o lo profano. Es necesario una visión antropológica, humanista y académica más amplia acerca de los recursos culturales, institucionalmente universitaria, que sea capaz de ofrecer conocimientos científicos para comprender el significado del patrimonio (Pérez de Cuéllar et al., 1997: 211).

El lenguaje, por ejemplo, es un recurso cultural intangible cuya diversidad se está reduciendo. Existen entre 5 y 20 mil lenguas en el mundo, cada una refleja un modo de pensar y una cultura única. Muchas lenguas se están perdiendo por falta de hablantes y por la influencia de lenguas metropolitanas centrales, lo cual lleva implícito la asimilación forzada, una educación instrumental y una transmisión de la cosmovisión de la lengua dominante. Un ejemplo muy nítido es la posición que ha adoptado el inglés como lengua hegemónica; o el español en relación a las lenguas indígenas de América Latina.

Los recursos culturales -tangibles o intangibles- no son renovables. Debido a la visión sesgada, la conciencia de su conservación y responsabilidad ha cristalizado en la cultura material: monumentos, sitios históricos y arqueológicos, colecciones de museos, pero no ocurre lo mismo con los recursos culturales intangibles, que por su naturaleza son aún más frágiles que los materiales. Nombres de lugares, historias locales, formas de hablar, de interactuar con la naturaleza, de organización social y de familia, de solidaridad y reciprocidad, de comportamiento, estilos de vida y de transformación, formas de distribuir y utilizar los recursos materiales y naturales, costumbres culinarias, redes sociales de pertenencia, etc., también son parte del patrimonio y de los recursos culturales, y más aún, en ellos podemos encontrar el significado del patrimonio objetualizado: "Lo tangible sólo se puede interpretar mediante lo intangible"¹ (Pérez de Cuéllar et al., 1997: 234).

Para sobrevivir y reproducirse como tal, cada sociedad debe evaluar sus recursos culturales y definir su uso, alejado de un espíritu nostálgico, para incentivar el desarrollo humano, combinando calidad de vida y crecimiento productivo. De esta manera los recursos culturales se convierten en el fundamento del desarrollo.

De acuerdo a la definición sesgada, pero generalizada de patrimonio cultural, centrada en edificios históricos y en las artesanías, la relación que ha establecido con la economía ha sido de un gran potencial, en base a una buena relación costo-beneficio. A pesar de lo anterior existe una gran distancia entre la pobreza y las instituciones preservacionistas, lo que deteriora la relación costo-beneficio; es decir, la conservación sólo puede tener éxito en contextos de mayor y mejor desarrollo. Por ejemplo, en el ámbito urbano donde se concentran los edificios históricos y la distribución de artesanías, la conservación sólo puede tener éxito si se toman en cuenta las relaciones entre el entorno construido y factores tales como la calidad de la infraestructura urbana (transporte, drenaje, abastecimiento de agua potable, eliminación de basura, espacios recreacionales, etc.), el régimen de propiedad de la tierra, el crecimiento y densidad de la población, la atención de salud, infraestructura educativa, etc. Pero esto es raro, el "urbanismo" suele ser "desde arriba" y concebido burocráticamente, lo que ha significado una enorme distancia entre la vida cívica y el interés público por un pasado cultural encarnado únicamente en el patrimonio monumental reconocido oficialmente, además que legal y simbólicamente este patrimonio ha sido percibido como propiedad del Estado. En un contexto de deterioro social, el patrimonio histórico, como recurso cultural, suele producir escasos resultados para sus habitantes y, por el contrario, se convierte en aparador, escenario sin acción, que se ofrece al turista y al viajero.

Los elementos que aumentan aún más esta distancia entre la vida cívica y el interés público son el paradigma modernizador (funcional) en materia arquitectónica; la idea de nación separada del patrimonio como fuente de identidad, aumentando la distancia entre identidad y valoración del pasado; la simbiosis entre turismo y patrimonio -la industria

¹ Para tener una visión más profunda sobre los objetos y la cultura material, cfr. Martín (2002).

del patrimonio- que termina por degradar al patrimonio a la categoría de mercancía; y la separación abrupta que hace la cultura occidental de los sujetos entre cuerpo/mente y entre razón/emoción que tiene su expresión en la separación entre patrimonio tangible e intangible.

Estas relaciones pueden, sin embargo, potenciarse, para lo cual el entorno patrimonial debe ser atractivo, ensamblado a un tejido social vital, preocupado por evitar la contaminación, la ruina de los monumentos y de los recursos culturales, el tráfico descontrolado, el saqueo de recursos, la inseguridad pública, el crimen organizado, el tráfico de bienes culturales, etc. La idea de que el patrimonio se conserve en el contexto de un tejido social vivo apunta a la autogestión patrimonial. Un ejemplo son los sitios arqueológicos rodeados por las mismas poblaciones indígenas que están en riesgo permanente de caer en manos de un grupo de poder que obedece a consideraciones de orden comercial, industria de servicios degradante, imágenes superficiales y ostentosas del pasado, explotación y mercantilización del patrimonio, y lo peor: obstaculizan el acceso al pasado legítimo de una sociedad.

Esto es mucho más delicado en relación a los recursos culturales vivos como la lengua, los conocimientos de artesanos, las danzas, la música, el teatro, etc. En todas las sociedades la expresión más evidente de creatividad ha estado en las artes, pues éstas son el fruto de la imaginación pura y ofrecen a los individuos la posibilidad de pensar y comunicar su realidad y su visión del mundo de una manera nueva y grata, sin embargo, cuando la cultura y sus recursos se han convertido en una mercancía o en bien de consumo, la creatividad se considera algo sin valor, y su corolario, la innovación, se intenta contraponer a la tradición. Pero la tradición nunca es algo inmutable, por el contrario puede ser re-creada, evoluciona de generación en generación, en un proceso de invención, eliminación y préstamos de otras culturas, lo cual se traduce cada vez más en un mayor pluralismo en el proceso creativo. Las culturas locales crecen y se expanden al convertirse en cosmopolitas, incorporan nuevos elementos, otros se alteran en el contacto y otros rasgos son re-interpretados de manera novedosa.

Las expresiones culturales en el plano local han sido utilizadas por agentes de desarrollo o por los llamados promotores culturales, para fortalecer la identidad de un grupo, su organización social, para superar los elementos de inferioridad y alienación, educar y elevar el nivel de conciencia y de elaboración de utopías colectivas, fomentar su democratización, y la mediación social, enfrentar los desafíos de la multiculturalidad y tomar parte directa en la economía mediante la producción de bienes y servicios. El riesgo de esta instrumentalización de la cultura es utilizarla como mecanismo de manipulación a través de los medios de comunicación o el consumismo, para cambiar las formas de pensar, sentir y actuar de un pueblo.

La expresión cultural como esfera donde se articula y comunica un pueblo para enfrentar los acontecimientos y conflictos de la vida cotidiana, privada, pública, política, económica, en un diálogo e iniciativa social conlleva el riesgo de su institucionalización.

Los Ministerios y Secretarías de cultura, museos, teatros, editoriales, mercados, universidades, promueven nuevas formas de articulación y discursos que conducen a nuevas formas de manipulación y control, aunque también podrían conducir a nuevas posibilidades de comunicación, comprensión y acción.

La Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo (Pérez de Cuéllar et al., 1997), definió de manera importante el papel de museos, archivos y artesanías en la gestión del patrimonio.

El papel de los museos en casi todas las sociedades actuales responde a la necesidad de conservar el patrimonio bajo una concepción convencional del mismo; el arte; la ciencia (especialmente ecología, tierra y biología); la antropología y etnografía; la historia (biografías) y aquellos destinados a los niños, son ejemplos de una simplificación a veces exagerada de la complejidad cultural.

En esta difusión y exposición, los museos definen la cultura y crean un sistema de valores unidimensional para seleccionar lo que es importante dentro de una cultura.

Sin embargo, los museos podrían servir como medio de interacción de las poblaciones, ser una expresión selectiva de la memoria de una comunidad, por ello es importante la participación activa de toda la comunidad especialmente de las entidades académicas en los aspectos relacionados con la política y el funcionamiento de estos establecimientos.

De igual manera, existen distintas forma de archivos: correspondencia, notas, libros, planos, mapas, dibujos, fotografías, películas, microfichas, registros sonoros, bases de dato, registro de propiedad, leyes, reglamentos y códigos, etc. Éstos juegan un importante papel en la conservación del registro histórico, pero como depositarios de la memoria colectiva se subvaloran. Su importancia radica en conservar testimonio de las relaciones entre grupos humanos, las luchas por los derechos, las decisiones históricas, la evolución de instituciones y organizaciones, la vida de las personas y los valores, creencias y convicciones en que se sustentaron. Los archivos pueden ser la mejor ayuda para tomar decisiones actuales. Sin embargo, también se han construido, desde la época colonial de nuestros países, con una visión restringida del pasado y del patrimonio cultural que debe conservarse, y casi siempre ha respondido a la visión de los sectores hegemónicos, quienes han decidido qué coleccionar, guardar, registrar, custodiar y preservar.

Como vía de desarrollo, especialmente en las zonas rurales, las artesanías tienen mucha potencialidad para generar ingreso y empleo, especialmente en regiones donde existe una tradición artesanal viva. Una ventaja de este tipo de recurso cultural, es que el artesano se adapta con facilidad a las diferentes necesidades sociales y culturales: trabajo estacional, tiempo parcial, complementación de ingresos, lugares de trabajo pequeños o domésticos, y puede manejar precio y el margen de ganancia por ser un productor

independiente y muchas veces familiar. El artesano tiene la flexibilidad de transportarse fácilmente y adaptarse a los gustos y a las modas.

Los principales obstáculos para que las artesanías se transformen en un vehículo de desarrollo son la separación entre los artesanos y el mercado y la desventajosa presencia de un intermediario. La industria artesanal en gran escala minimiza el control del artesano sobre su propio producto y sobre el margen de ganancia, de tal manera que pierden el control del proceso productivo al perder la capacidad de negociación.

* * *

La finalidad de este ensayo ha sido contribuir a la reflexión sobre el quehacer cultural respecto al patrimonio nacional, natural, cultural, arqueológico e histórico, en concordancia con los objetivos que superen la política del nacionalismo. La importancia del patrimonio cultural no puede responder únicamente a definir quienes somos dentro de un territorio habitado por múltiples diversidades que hemos enmarcado forzosamente en la idea de país, desplazando hacia el Estado la responsabilidad de definir, catalogar, registrar, ordenar y valorar los bienes culturales generados por una diversidad de pueblos para convertirlos en expresiones de un único e inventado patrimonio cultural nacional (Melgar, 2002). Inútil tarea, el desarrollo cultural busca ampliar los conocimientos de la gente y sus grupos, descubrir la imponente diversidad del mundo sin perder la identidad, pertenecer a alguna comunidad -aunque ésta sea imaginada- y amar nuestro patrimonio-material y no material.

Desarrollo humano significa activar y revitalizar las localidades, la diversidad, la creatividad de las experiencias humanas, consideradas en su multidimensionalidad. La penetración de imágenes normativas de estilos de vida y valores puede provocar reacciones de rechazo y resistencia, expresadas en las múltiples respuestas locales que se generan en los mundos específicos de los contextos locales donde los significados son reconstruidos y re-imaginados. La necesidad del ser humano de reconocerse frente a otros y de "pertenecer" se satisface en la reorganización de comunidades cercanas: la familia, el grupo de pares, los grupos locales, la escuela, las bandas, el lugar de trabajo, la colonia, etc. La libertad cultural estimula la creatividad, la experimentación, la diversidad y la soberanía que son los fundamentos del desarrollo humano.

En esta relación dialógica entre economía y cultura se cimientan las bases del desarrollo. En el desarrollo meramente económico la cultura es un medio que favorece o puede obstaculizar el crecimiento, y es concebida instrumentalmente. En el desarrollo cultural, la cultura tiene un valor en sí misma, es lo que le da sentido a la existencia de los seres humanos y, por lo tanto, lo que otorga sentido al crecimiento material; y en este significado no sólo promueve el crecimiento económico, sino también la conservación del medio ambiente, los valores asociados con la diversidad de tipos de familia, la protección de asociaciones civiles, religiosas, políticas o de cualquier otra índole, la diversidad sexual y amorosa, etc.

En esta concepción integral, la cultura es un medio y a la vez el fundamento del desarrollo². Por lo tanto se re-define el papel del investigador cultural, quién tiene como objeto principal descubrir las bases en que se sustentan los sistemas de vida compartidos, aquellos en los cuales se da la convivencia de culturas distintas en una misma sociedad. En esta definición, la cultura es lo que vincula a una persona con otra en una relación de colaboración, a las personas con las demás especies en una relación de complementación y a los seres humanos con la naturaleza en una relación de diálogo. Descubrir estas bases permite, en forma adicional, fortalecer estos sistemas, y estimular la convivencia de culturas diferentes.

BIBLIOGRAFÍA

ESCOBAR, Arturo

(1998) *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Grupo editorial Norma, Santa Fé de Bogotá, 475 p.

GUTIÉRREZ, Natividad

(2001) *Mitos nacionalistas e identidades étnicas. Los intelectuales indígenas y el estado mexicano*. CONACULTA-IIS-UNAM y Plaza y Valdés Editores, México.

HOBSBAWM, Eric

(1993), "Introduction: Inventing Tradition", en Hobsbawm, E. and T. Ranger (eds.) *The Invention of Tradition*. Cambridge University Press, pp. 1-14.

MARTÍN, Fernando

(2002) *Contribuciones para una antropología del diseño*. Editorial Gedisa, Barcelona, 222 pp.

MELGAR, Ricardo

(2002) "Globalización y cultura en América Latina. Crisis de la razón y de la axiología patrimonial", en Rafael Pérez Taylor (Comp.) *Antropología y complejidad*, Gedisa, Barcelona, pp. 49-66.

² Para tener una visión más detallada del desarrollo y su relación con la cultura, cfr. Escobar (1998) y Salas (en prensa).

PÉREZ DE CUÉLLAR, Javier et al.

(1997) *Nuestra Diversidad Creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la UNESCO*. UNESCO, Naciones Unidas México, 387 p.

SALAS, Hernán

(en prensa) "El desarrollo: crítica a un modelo cultural", en Jorge Turner y Rossana Cassigoli (coord.) *Cultura y sociedad en América Latina*, Tomo V de la obra "El debate latinoamericano: tendencias, problemas y alternativas", CELA, FCP y S UNAM.